

Hans Küng, La Iglesia Católica

1.- Los inicios de la iglesia ¿Fundada por Jesús?

Según los Evangelios, el hombre de Nazaret prácticamente nunca utilizó la palabra «iglesia». No hay citas de Jesús dirigiendo públicamente a la comunidad de los elegidos una llamada programática a la fundación de una iglesia. Los estudiosos de la Biblia coinciden en este punto: Jesús no proclamó una iglesia ni a sí mismo, proclamó el reino de Dios. Guiado por la convicción de hallarse en una época próxima a su fin, Jesús deseaba anunciar la inminente llegada del reino de Dios, del gobierno de Dios, con vistas a la salvación del hombre. No llamaba simplemente a la observancia externa de los mandamientos de Dios, sino a su cumplimiento en la consideración debida a nuestros semejantes. Resumiendo, Jesús apelaba al amor generoso, que incluía también a nuestros adversarios, ciertamente a nuestros enemigos. El amor a Dios y el amor a nuestros semejantes se ensalzan equiparándolos al amor a uno mismo («Amarás... como a ti mismo»), como aparece ya en la Biblia hebrea. Así pues, Jesús, enérgico predicador de la Palabra y al mismo tiempo sanador carismático del cuerpo y la mente, propugnaba un gran movimiento escatológico colectivo, y para él los Doce con Pedro eran señal de la restauración del número total de las tribus de Israel. Para disgusto de los devotos y los ortodoxos, también invitaba a su reinado a los practicantes de otras creencias (los samaritanos), a los comprometidos políticamente (los recaudadores de impuestos), a aquellos que habían faltado a la moral (los adúlteros) y a los explotados sexualmente (las prostitutas). Para él, los preceptos específicos de la ley, sobre todo los referentes a la comida, la limpieza y el sábado, eran secundarios con respecto al amor al prójimo; el sábado y los mandamientos son tanto para hombres como para mujeres. Jesús era un profeta provocador que se mostraba crítico con el templo y que, en efecto, se comprometió en una postura militante contra el comercio, tan prominente allí.

Aunque no era un revolucionario político, sus palabras y sus acciones pronto le llevaron a un conflicto de fatales consecuencias con las autoridades políticas y religiosas. Ciertamente, a la vista de muchos ese hombre de treinta años, sin oficio ni título concreto, trascendía el papel de mero rabino o profeta, de modo tal que le consideraban el Mesías. Sin embargo, con sus sorprendentemente breves actividades —como máximo tres años o tal vez solo unos meses— no pretendía fundar una comunidad separada y distinta de Israel con su propio credo y su propio culto, ni fomentar una organización con una constitución y una jerarquía, y mucho menos un gran edificio religioso. No, según todas las evidencias, Jesús no fundó una iglesia en vida.

Pero ahora debemos añadir inmediatamente que **sí se formó una iglesia, en el sentido de comunidad religiosa distinta de Israel**, inmediatamente después de la muerte de Jesús. Esto sucedió bajo el

impacto de la experiencia de la resurrección y del Espíritu. Basándose en experiencias particularmente carismáticas («apariciones», visiones, audiciones) y en una especial interpretación de la Biblia hebrea (profeta perseguido, sufrido siervo de Dios), los seguidores judíos de Jesús, hombres y mujeres, quedaron convencidos de que ese hombre a quien habían traicionado, ese hombre que había sido objeto de burlas y mofas por parte de sus oponentes, ese hombre que había sido abandonado por Dios y por sus semejantes y había perecido en la cruz profiriendo un grito agudo, no estaba muerto. Creyeron que había sido conducido por Dios a la vida eterna y ensalzado en su gloria, en total concordancia con la imagen del salmo 110, «está sentado a la diestra de Dios», convertido por Dios en «Señor y Mesías» (cf. Hechos 2,22-36), «constituido Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de Santidad a partir de la resurrección de entre los muertos» (Romanos 1,3).

Así que esta es la respuesta a la pregunta. Aunque la iglesia no fue fundada por Jesús, apela a él desde sus orígenes: el que ha sido crucificado y aún vive, en quien para los creyentes ya ha amanecido el reino de Dios. Siguió siendo un movimiento vinculado a Jesús con una orientación escatológica; su base no era inicialmente un culto propio, una constitución propia ni una organización con oficios específicos. Su fundamento era sencillamente la profesión de fe en que ese Jesús era el Mesías, el Cristo, tal como quedaba sellado con un bautismo en su nombre y mediante un ágape ceremonial en su memoria. Así fue como la iglesia tomó forma inicialmente.

El significado de «iglesia»

Desde los primeros tiempos hasta el presente la iglesia ha sido, y todavía es, la hermandad de aquellos que creen en Cristo, la hermandad de aquellos que se han comprometido con la persona y la causa de Cristo y dan fe de su mensaje de esperanza a todos los hombres y mujeres. Su propio nombre muestra hasta qué punto la iglesia se compromete con la causa de su Señor. En las lenguas germánicas (church, Kirche) el nombre deriva del griego kyriake — perteneciente al Kyrios, el Señor, y designa la casa o la comunidad del Señor. En las lenguas románicas (ecclesia, iglesia, ciiiesa, égiise) deriva del término griego ekklesia, que también aparece en el Nuevo Testamento, o de la palabra hebrea qahal, que significa «asamblea» (de Dios). Aquí se hace referencia tanto al proceso de reunirse en asamblea como a la comunidad reunida. Esto establece la norma para siempre: el significado original de ekklesia, «iglesia», no era una macro-organización de funcionarios espirituales, separados de la asamblea concreta. Designaba a una comunidad que se reunía en un lugar concreto en un momento concreto para una actividad concreta, una iglesia local, aunque junto con las otras iglesias locales formaba una comunidad unitaria, el conjunto de la iglesia. Según el Nuevo Testamento, cada comunidad local está dotada de todo lo preciso para la salvación humana: la proclamación del evangelio, el bautismo como rito de iniciación, la celebración de un

ágape en agradecida memoria, los variados carismas y ministerios. Así pues, cada iglesia local confirma la presencia de una iglesia total; en efecto, se define a sí misma —en el lenguaje del Nuevo Testamento— como el pueblo de Dios, el cuerpo de Cristo y el edificio del Espíritu. Asamblea, casa, comunidad, iglesia de Jesucristo. Esto quiere decir que su origen y su nombre llevan implícita una obligación: la iglesia debe servir la causa de Jesucristo. Dondequiera que la iglesia no haga de la causa de Jesucristo una realidad o la distorsione, peca contra su razón de ser y la pierde. Ya hemos reconocido hasta cierto punto qué se proponía Jesús con la proclamación del reino y la voluntad de Dios, la salvación de hombres y mujeres. Pero para centrarnos en la historia de la iglesia católica, nuestro estudio debería examinar con mayor detenimiento una pregunta que casi nunca se formula: ¿era Jesús, a quien apela constantemente la iglesia católica, en realidad católico?

¿Era Jesús católico?

Los católicos que siguen las líneas más tradicionales de pensamiento, por lo general, presuponen tácitamente que lo era. La iglesia católica siempre ha sido fundamentalmente lo que es ahora, asume ese pensamiento, y lo que la iglesia católica siempre ha dicho y se ha propuesto es lo que originalmente dijo y se propuso el propio Jesucristo. Así pues, en principio Jesús ya habría sido católico...Pero esta iglesia cristiana tan exitosa, la más grande y poderosa de las iglesias cristianas, ¿acierta al apelar a Jesús? ¿O acaso esta iglesia jerárquica está aludiendo con orgullo a alguien que posiblemente se habría rebelado contra ella? A modo de experimento, ¿es posible imaginarse a Jesús de Nazaret asistiendo a una misa papal en la basílica de San Pedro de Roma? ¿O tal vez la gente pronunciaría las mismas palabras del gran inquisidor de Dostoievski?: «¿Por qué vienes a molestarnos?»

En cualquier caso, no debemos olvidar que las fuentes son unánimes en su valoración. Mediante sus palabras y sus acciones, este hombre de Nazaret se vio involucrado en un peligroso conflicto con los poderes gobernantes de su tiempo. No con las gentes, sino con las autoridades religiosas oficiales, con la jerarquía, la cual (en un proceso legal que hoy no nos parece claro) lo entregó al gobernador romano y, por consiguiente, a la muerte. Tal cosa ya no resulta concebible hoy en día. ¿O sí? Incluso en la iglesia católica actual, ¿se habría visto Jesús envuelto en conflictos peligrosos si hubiera puesto tan radicalmente en cuestión a los círculos religiosos dominantes, a sus camarillas y las prácticas religiosas tradicionales de tantos católicos piadosos y fundamentalistas? ¿Qué sucedería si iniciara acciones públicas de protesta contra el modo en que la piedad se practica en el santuario de los sacerdotes y sumos sacerdotes y se identificara con las preocupaciones de un «movimiento de la iglesia popular de base»? ¿O esta es una idea grotesca? ¿Un simple anacronismo? Sea como sea, no es un anacronismo

aducir que Jesús era cualquier cosa menos un representante de una jerarquía patriarcal.

Alguien que relativizaba a los «padres» y a sus tradiciones e incluso invitaba a las mujeres a unirse a sus discípulos no puede definirse como defensor de un patriarcado tan hostil hacia el sexo femenino. Alguien que ensalzaba el matrimonio y nunca hizo del celibato una condición para sus discípulos, un hombre cuyos primeros seguidores eran casados y siguieron siéndolo (Pablo dice ser una excepción), no puede esgrimirse como autoridad en la defensa del celibato para el clero. Alguien que ha servido a sus discípulos en la mesa y reclamaba que «el más alto debe ser el servidor [en la mesa] de todos» difícilmente puede haber deseado unas estructuras aristocráticas o incluso monárquicas para su comunidad de discípulos. Antes bien, de Jesús se desprendía un espíritu «democrático» en el mejor sentido de la palabra, que concordaba con la idea de un «pueblo» (en griego *demos*) de seres libres (no una institución dominante, y mucho menos una Gran Inquisición) e iguales en principio (no una iglesia caracterizada por la clase, la casta, la raza o el oficio) de hermanos y hermanas (no un regimiento de hombres o un culto a las personas). Esta era la «libertad, igualdad y fraternidad» originalmente cristianas. Pero ¿acaso la comunidad original no poseía ya claramente una estructura jerárquica con los apóstoles como pilares y Pedro como su piedra básica?

La primera iglesia

Está fuera de toda duda que había apóstoles en la primera comunidad. Pero más allá de los Doce, a los que el propio Jesús escogió como símbolo, todos aquellos que predicaban el mensaje de Cristo y fundaron comunidades como primeros testigos y primeros mensajeros eran también apóstoles. Sin embargo, junto a ellos se mencionan también otras figuras en las epístolas de Pablo: profetas y profetisas que anunciaban mensajes inspirados, y maestros, evangelistas y colaboradores de muy variada índole, hombres y mujeres. ¿Podemos hablar de «ministerios» en la iglesia primitiva? No, pues el término secular ministerio (arche y otros términos griegos similares) no se utiliza en ninguna fuente para los diferentes oficios y llamamientos de la iglesia. Es fácil advertir por qué. «Ministerio» designa una relación de dominación. En su lugar el cristianismo primitivo usaba un término que Jesús acuñó como estándar cuando dijo: «El mayor entre vosotros será como el menor, y el que manda como el que sirve» (Lucas 22, 26; estas palabras se han interpretado en seis versiones diferentes).

Más que hablar de ministerios, el pueblo se refería al diakonia, el servicio, originalmente similar a servir la mesa. Así pues, esta era una palabra con connotaciones de inferioridad que no podía evocar ninguna forma de autoridad, norma, dignidad o posición de poder. Ciertamente también había una autoridad y un poder en la iglesia primitiva, pero de acuerdo con el espíritu de esas palabras de Jesús no debía favorecer el establecimiento de

un gobierno (para adquirir y defender privilegios), sino solo el servicio y el bienestar comunes. Así nos hallamos ante un «servicio de la iglesia», no ante una «jerarquía». Poco a poco se ha extendido en la iglesia católica de nuestros días la idea de que ese término quiere decir «santa orden», y desde luego ese sería el último término que las gentes habrían escogido para designar el servicio de la iglesia. ¿Y por qué debería este evitarse, siguiendo el ejemplo de Jesús, más que cualquier tipo de orden y cualquier alusión a la orden, aun cuando se adornaba con el adjetivo «santa» para dotarle de un halo sagrado?

El desafortunado término «jerarquía» solo se adoptó quinientos años después de Cristo por parte de un teólogo desconocido que se ocultaba tras la máscara de Dionisio, discípulo de Pablo. La palabra padre (Priester, pnest, prétre, prete) es ambigua. En el Nuevo Testamento ciertamente se usa para designar dignatarios de las otras religiones en el sentido religioso, y propio del culto, del sacerdote que ofrece sacrificios (hiereus, sacerdos), pero nunca para aquellos que sirven a las comunidades cristianas.

Aquí más bien se utiliza la palabra «presbítero»; solo en las nuevas lenguas se define de modo similar a «sacerdote». Más tarde encontramos «presbyter parochianus», del que deriva la palabra párroco y la alemana Pfarrer. Había padres en cabeza de todas las comunidades judías desde tiempos inmemoriales. Así pues, es probable que desde el año 40 la comunidad cristiana de Jerusalén tuviera sus propios padres; asimismo, también es posible que adoptara la imposición de manos de la tradición judía: la ordenación para el cometido autorizado de un ministerio específico para un miembro específico de la comunidad. Sin embargo, no podemos establecer históricamente si existía una constitución distintiva de padres en Jerusalén que reclamasen tener jurisdicción sobre la iglesia local o sobre la iglesia en su conjunto. En cualquier caso, no podemos descubrir si este era el caso antes de la partida de Pedro y en los tiempos en que Santiago asumió el liderazgo de la primera comunidad de Jerusalén. Pero ¿qué hay de ese tal Pedro, que parece tener tal trascendencia para la iglesia católica?

Pedro

Aquí la cuestión no es qué se hizo de Pedro (ya nos ocuparemos de eso más adelante), sino quién era Pedro: el papel de Pedro en la primera comunidad. De acuerdo con las fuentes del Nuevo Testamento, tres cosas son indiscutiblemente ciertas. Ya durante la actividad pública de Jesús, el pescador Simón, a quien Jesús tal vez apodó «la piedra» (en arameo «Cepha», en griego «Peter»), era el portavoz de los discípulos. Sin embargo, él era el primero entre sus iguales, y su incapacidad de comprensión, su pusilanimidad, y finalmente su partida se comentan con profusión en los Evangelios. Solo el Evangelio de Lucas y Hechos de los Apóstoles lo idealizan y callan sobre las palabras de Jesús a Pedro cuando este quiere apartarlo de su misión: «Aléjate de mí, Satán» (Marcos 8,33; Mateo 16,23).

Después de María Magdalena y de las mujeres, Pedro fue uno de los primeros testigos de la resurrección de Jesús. A la luz de su papel en la Pascua podría considerársele como «la piedra» de la iglesia.

Pero hoy en día incluso los estudiosos católicos del Nuevo Testamento aceptan que la famosa cita según la cual Pedro era la piedra sobre la que Jesús edificará su iglesia (Mateo 16,18f.: la afirmación aparece en tiempo futuro), y de la que los otros Evangelios no dicen nada, no son palabras del Jesús terrenal sino que fueron compuestas después de Pascua por la comunidad palestina, o más tarde en la comunidad de Mateo.

Pedro era indudablemente el líder de la primera comunidad de Jerusalén: no estaba solo -y esto es irrefutable—, estaba unido al grupo de los Doce y más tarde al de los tres «pilares» (Gálatas 2,9): Santiago (a quien Pablo cita en primer lugar en sus epístolas), Pedro y Juan. Más tarde Pedro es responsable de la proclamación de Cristo entre sus correligionarios judíos como seguidor de la ley sagrada de Moisés.

En la iglesia primitiva Pedro gozaba indudablemente de una autoridad especial; sin embargo, no la poseía por sí solo, sino siempre de manera colegiada con otros. Estaba lejos de ser un monarca espiritual, ni siquiera un mero gobernante. No hay indicios de ninguna autoridad exclusiva o casi monárquica que desempeñara el papel de líder. Pero al final de su vida ¿acaso no estaba Pedro en Roma... ciertamente no era él el obispo de Roma? ¿Estaba Pedro en la que entonces era la capital del mundo, cuya iglesia y cuyo obispo reclamaron más tarde la primacía legítima sobre la iglesia apelando al pescador de Galilea? No es esta una pregunta banal a la vista del posterior desarrollo de la iglesia católica. En base a las fuentes existentes, **hay un amplio consenso entre los estudiosos sobre los tres puntos siguientes:**

Pedro estuvo ciertamente en **Antioquía**, donde se produjo una disputa con Pablo sobre la aplicación de la ley judía. Posiblemente también estuvo en Corinto, donde era evidente que había un grupo que proclamaba su lealtad a Cephas, es decir, a Pedro. Pero no leemos en ninguna parte en el Nuevo Testamento que Pedro estuviera en Roma. **Y mucho menos existe evidencia alguna de un sucesor de Pedro (también en Roma) en el Nuevo Testamento.**

En cualquier caso, la lógica de la cita sobre la piedra tiende a volverse contra ella: la fe de Pedro en Cristo (y no la fe de ningún sucesor) debía ser, y seguir siendo, el fundamento constante de la iglesia.

3. Aun así, la «epístola de Clemente», datada alrededor del 90 d.C, y el obispo Ignacio de Antioquía, alrededor del 110, ya testifican una estancia de Pedro en Roma y su martirio allí. Por lo tanto, esta tradición es muy antigua y, sobre todo, unánime y sin rival: al final de su vida, Pedro estaba en Roma, y probablemente sufrió la muerte propia de un mártir en el curso de las persecuciones de Nerón. Sin embargo, la arqueología no ha sido capaz de identificar su tumba bajo la actual basílica del Vaticano.

Durante mucho tiempo ha existido consenso entre los estudiosos: incluso los teólogos protestantes afirman ahora que Pedro sufrió martirio en Roma. Sin embargo, **los teólogos católicos coinciden en que no hay pruebas fiables de que Pedro estuviera nunca a cargo de la iglesia de Roma como obispo o cabeza suprema.** En cualquier caso, el **episcopado monárquico se introdujo en Roma relativamente tarde.** Y aquí no deberíamos olvidar la cuestión de las cualificaciones: a diferencia de Pablo, que presumiblemente sufrió martirio en Roma en la misma época, Pedro no era un educado ciudadano romano (civis Romanus, con perfecto dominio de la lengua griega y de su conceptualidad), sino un judío galileo sin instrucción.

Una hermandad de judíos

Roma es la ciudad que alberga las tumbas de los dos apóstoles principales. Pero ¿la convierte eso en la madre de todas las iglesias? Hasta el presente la gigantesca inscripción de la basílica de Letrán, la iglesia original del obispo de Roma, reza así: «Omnium urbis et orbis ecclesiarum mater et caput», «Cabeza y madre de todas las iglesias de la ciudad y de la tierra». Sin embargo, e indiscutiblemente, no fue Roma sino Jerusalén la comunidad madre y cabeza de la primera cristiandad. Y la historia de la primera comunidad no fue una historia de romanos y griegos, sino una historia de judíos nativos, tanto si hablaban arameo o, como a menudo era el caso en la cultura helenística de Palestina, griego. Esos judíos que seguían a Jesús introdujeron en la iglesia entonces en proceso de formación el hebreo, sus ideas y su teología, y dejaron una impronta indeleble en el conjunto del cristianismo.

La suya es una historia de clases modestas desprovistas del más mínimo poder político o económico, incluidas muchas mujeres de importancia. Siguiendo el ejemplo de Jesús, había una especial simpatía por los pobres, los oprimidos, los despojados, los desesperados, todos aquellos que eran discriminados y marginados. No todos eran pobres en el sentido económico; los había (como el propio Pedro) que poseían casas; más tarde, algunos las ofrecieron para celebrar asambleas. De acuerdo con el mensaje de Jesús se proclamaba una llamada al desprendimiento interior y a la generosidad; ciertamente había casos en que se renunciaba voluntariamente a las posesiones. Sin embargo, la imagen ideal que describió Lucas el evangelista dos décadas más tarde no coincidía con la de otros testigos: no se produjo una renuncia general a la propiedad en la primera comunidad.

Ante la inminente llegada del reino de Dios -que ya había amanecido al llegar Jesús a la vida y en la experiencia del Espíritu de Dios- no había necesidad de disponer de propiedades, sino que se instaba a ayudar a los necesitados y a compartir las posesiones. Así pues, no se trataba de compartir los bienes a la manera comunista, sino más bien de una comunidad que mostraba cierta solidaridad social.

La primera comunidad cristiana no deseaba en modo alguno segregarse de la comunidad o la nación judías, sino seguir formando parte integral del judaísmo. Después de todo, compartía con los judíos la creencia en un único Dios («Shema Israel») y se ceñían a las Sagradas Escrituras (Tenach). Su gente también visitaba el templo, rezaba los salmos y seguía observando la ley ritual mosaica (halaka): sobre todo la circuncisión, el sábado y otras

festividades, así como las normas relativas a la higiene y la comida. Lo único a lo que no deseaban renunciar era a su fe en Jesús, el Mesías, en griego Christos. La vida de esos «judíos cristianos», su pensamiento y sus prácticas, estaban centrados en él, el que fue crucificado y aún vive. Para ellos, la proclamación por Jesús del reino se convirtió en la proclamación de Jesús como Mesías, y el Evangelio que Jesús predicaba se convirtió en el Evangelio de Jesucristo. Uno dejaba patente su pertenencia a la comunidad de fieles creyentes en Cristo si se bautizaba en nombre de Jesús y tomaba parte en el ágape de acción de gracias en su memoria. Pero ¿cómo se produjo la ruptura entre judíos y cristianos?

La ruptura entre judíos y cristianos

Las persecuciones y las ejecuciones tuvieron un papel decisivo en la separación: muy pronto, las ejecuciones primero del helenista judeocristiano Esteban; después la de Santiago, el hijo de Zebedeo, uno de los Doce (en el 43 d.C); y sobre todo la de Santiago, «el hermano del Señor», uno de los cuatro hermanos de Jesús y jefe de la comunidad de Jerusalén tras la partida de Pedro (62 d.C). Finalmente Pablo, el apóstol de los gentiles, fue arrestado en Jerusalén y ejecutado en Roma tras un proceso que duró dos años (64 d.C).

Sin embargo, la ruptura definitiva se produjo tras la destrucción del segundo templo por los romanos en el 70 d.C. por orden de un «consejo» judío de Jamnia (cerca de Jaffa) compuesto por fariseos: esta fue la excomunión formal de los cristianos, una «maldición sobre los heréticos», que debía repetirse al inicio de todo oficio en la sinagoga. Tenía consecuencias sociales graves. Si, como yo mismo, uno no se abstiene en la crítica a la iglesia católica, también debe decirse sin reparos que el antijudaísmo, que puede encontrarse ya entre los judíos cristianos y que ya se registra de manera lamentable en los Evangelios de Mateo y Juan, tenía decididamente sus raíces en la persecución de los cristianos y en su exclusión de la sinagoga. La excomunión de los cristianos por la jerarquía farisaica precedió a todas las persecuciones de los judíos por los cristianos. Sin embargo, la gran pregunta es: ¿cómo pudo la pequeña Iglesia judeocristiana que comenzó en Palestina convertirse en la gran iglesia de todo el «ecúmene», la totalidad de la entonces «tierra habitada», la «ecclesia catholica»? No cabe duda de que el apóstol Pablo fue una figura clave para el paradigma del cambio del cristianismo judío (que en parte hablaba arameo y en parte griego) al cristianismo gentil (que inicialmente hablaba griego y después latín).